

Los factores internacionales del colapso de los Estados*

BERTRAND BADIE

Resumen

En este artículo, el autor aborda el complejo fenómeno de la decadencia, ocaso y colapso de los Estados-nación. Basado en lo que él mismo denomina el "juego triangular", el autor define los cómo de tal proceso, así como los quiénes de su causa: la propia "víctima", el Estado y sus "victimarios", los actores y flujos transnacionales, así como también los *empresarios identitarios* (*entrepreneur identitaire*). Basándose primordialmente en ejemplos contemporáneos de naciones africanas, el autor va desglosando cada uno de los protagonistas del triángulo, hasta llegar a la conclusión de que las típicas lealtades ciudadanas van cediendo su "relación cívica que los vincula al Estado", y se convierten en solidaridades identitarias de escala transnacional.

Abstract

This article examines the complex phenomenon of the decadence, disappearance and collapse of State-nations. Relying on what he calls the "triangular game", the author defines the ways these processes come about, as well as their origins: the very "victim" and the "victimizer", the actors and transnational movements as well as their *identity entrepreneurs* (*entrepreneur identitaire*). Primarily based upon contemporary examples of African nations, the authors spells out each of the protagonists of the triangle, drawing the conclusion that typical citizens loyalties relinquish their "civic relationship which links them to the State", becoming identity solidarities on a transnational scale.

En nuestros días suele estudiarse el colapso de los Estados desde una perspectiva opuesta a las tesis desarrollistas, tendiendo a subrayar la importancia de los factores internos. Así, lejos de ser la conclusión lógica de una ley de la evolución, la construcción del Estado estaría sujeta al juego de los factores culturales, a la naturaleza segmentaria de la sociedad, al impacto de las resistencias comuni-

* Traducción al español de Gilberto Palmerín R.

tarias y al déficit de *lealtad ciudadana*¹ o de legitimidad.² Así planteada, la tesis pone en tela de juicio las ingenuidades del desarrollismo pero corre el riesgo de caer en excesos igualmente reprochables. En primer lugar, porque recupera un culturalismo —o al menos un historicismo— algo peligroso. Desde esta perspectiva, el Estado somalí, por ejemplo, habría caído presa de los efectos intransigentes de un clanismo perenne, lo mismo que el Estado liberiano habría cedido ante el tribalismo o el Estado ruandés abdicado de cara al etnicismo. De igual forma, los Estados del mundo musulmán en su conjunto estarían afectados crónicamente por la legitimidad y la movilización del islam, portador de un modelo alternativo de comunidad política. Más aún, esta tesis tan socorrida en nuestros días permanece atrapada en el principal escollo que pretendía salvar el desarrollismo: reposa sobre la hipótesis de una trayectoria única para cada sociedad sobrevalorando el peso de los determinantes internos, distinguiendo peligrosamente la historia interna de la historia mundial, marginalizando los factores internacionales y permaneciendo fiel, en consecuencia, a la sacrosanta distinción entre lo interno y lo externo.

Con todo, las nociones de “Estado fracasado”, de “cuasi-Estado” o de “Estado descompuesto” se encuentran en el centro mismo de la reflexión internacionalista; son objeto incluso de una recuperación activa por parte de los actores más clásicos y más poderosos de las relaciones internacionales. El *collapsus* de los Estados más débiles se ha convertido en un pretexto frecuente para la intervención, la ingerencia, el clientelismo y todas las nuevas formas de depen-

¹ El término *allegéance citoyenne* que traducimos aquí como “lealtad ciudadana” proviene de la vieja palabra francesa *ligeance* (que deriva a su vez de *lige*, ligio) y que aludía a una peculiar relación contractual en un contexto de relaciones feudales. El *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (xx ed.) define al *feudo ligio* como “aquel en el que el feudatario queda tan estrechamente subordinado al señor, que no puede reconocer otro con subordinación semejante, a distinción del vasallaje en general, que se puede dar respecto de diversos señores”. Caída en desuso, esta palabra ha sido recuperada recientemente por algunos autores franceses a partir de la palabra inglesa *allegiance* (lealtad). Con el término *allegéance citoyenne* el autor alude a la moderna relación contractual que liga al individuo con el Estado, tanto en su dimensión *legal* como *legítima*. Se refiere, asimismo, al sentimiento de pertenencia (o identidad) de un individuo con respecto al Estado-nacional y a los derechos y deberes que derivan de esta relación. [N. del t.]

² Con la excepción tal vez de W. Zartman, *Ripe for resolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, quien subraya los efectos de vecindad.

dencia. Por otra parte, este fenómeno aparece cada vez más ligado a las mutaciones que afectan la escena internacional, estructurada según el modelo triangular en el cual el Estado sólo es un actor entre otros, atenazado entre el desarrollo de los flujos transnacionales y el fortalecido retorno de *empresarios identitarios*.³ Tal es la paradoja: el Estado en desarrollo es probablemente el menos preparado para enfrentar esta diversificación creciente de los actores internacionales al tiempo que sufre más que ningún otro actor los embates de esta corriente internacional que lo deslegitima y lo conduce a transigir con prácticas ajenas a las suyas. El Estado está confrontado, en los hechos, a un “desarrollismo a la inversa”.

Por encima de estas mutaciones se encuentran, evidentemente, las estrategias de los propios Estados. Un Estado sólo está en peligro de colapso cuando es declarado como tal por los demás Estados: éste es posiblemente el primero de los determinantes externos. La descomposición es raramente proclamada en forma soberana por el Estado que se encuentra afectado por ella. Dicha faena le corresponde a los demás Estados —a los más poderosos entre ellos— o a la comunidad internacional en su conjunto, tal como se expresa a través de sus órganos de poder como el Consejo de Seguridad. Las

³ El término *entrepreneur identitaire* que traducimos literalmente como *empresario identitario* es un neologismo utilizado por el autor para definir a aquellos actores de la escena internacional que susciben imágenes primordialistas o esencialistas (etnia, religión, raza) en el marco de una estrategia destinada a la construcción de una identidad alternativa al universalismo estatal-nacional. Es importante no perder de vista el extraordinario sentido dinámico que acompaña a este concepto. Al formularlo, Badie da por sentado que la *identidad* o, mejor dicho, las *identidades*, no son nunca un dato natural, perenne o monolítico al estilo de las áreas y las fronteras culturales de Huntington. Ni dato factual ni resultado de una larga evolución: una identidad es ante todo el acto mismo de construirla. Desde esta perspectiva, nuestro objeto de estudio privilegiado serán las estrategias concretas y empíricamente analizables en las que están implicados actores que se movilizan con miras de sacar provecho del vasto *mercado identitario* que ofrece la mundialización. La gran originalidad de Badie radica precisamente en haber puesto el acento en las *estrategias de los actores* de la escena internacional y no en los *sistemas de valores* que éstos puedan esgrimir o cuestionar. Esta elección evidencia su interés por avanzar en el desarrollo de una sociología de las relaciones internacionales —y más precisamente aún, de una *sociología política de la escena internacional*— centrada más en el estudio de la *acción* (weberiana) que en el análisis de *sistemas*, que tanto influjo ejerció sobre los comparativistas de la escuela desarrollista y que marcó, por otra parte, los primeros productos de la *sociología de las relaciones internacionales* tal como se originó en Inglaterra (Schwarzenberger, Burton) y en Francia (Merle). [N. del t.] Véase B. Badie, “Le jeu triangulaire”, en P. Birnbaum (ed.), *Sociologie des nationalismes*, París, Presses Universitaires de France, 1997.

Naciones Unidas erigieron de esta forma a Somalia en *collapsed State* por la resolución 794 del 3 de diciembre de 1992, considerando que la comunidad internacional debía sustituir al Estado desaparecido para “instaurar tan pronto como sea posible condiciones de seguridad para las operaciones de ayuda humanitaria en Somalia”. Sin embargo, dicha constatación pudo haber sido formulada con anterioridad en múltiples ocasiones: en enero de 1991, cuando estalló una rebelión que expulsó al presidente Barre sin que fuese sustituido realmente por un nuevo gobierno; en febrero del mismo año, luego de la masacre de 600 refugiados etíopes; en mayo, cuando fue proclamada una república secesionista del Somaliland e incluso en noviembre, cuando los primeros combates entre facciones hawiye dieron un saldo de 3 mil muertos, o en marzo de 1992 cuando esta cifra llegó a 14 mil muertos y 27 mil heridos.

Es evidente que la declaración de “quiebra” de un Estado no puede ser sino un acto meramente arbitrario. Formalmente se expresa por la constatación de una necesidad urgente de intervención: más allá de este planteamiento no es más que retórica y queda despojada de cualquier contenido y consecuencias. Se trata, pues, de un instrumento de poder inscrito en la estrategia activa de los únicos Estados que cuentan con los recursos para aplicar dicha política. Frente a una gama de posibilidades, es conveniente interpretar el *momento* justo en que se produce esta proclamación y las razones que pudieron conducir a formularla: ¿por qué la comunidad internacional vaciló tanto en considerar a Ruanda como un Estado en quiebra? ¿Por qué no lo hace en el caso de Zaire o incluso en el de Argelia? ¿Qué criterios objetivos podrían utilizarse para contrarrestar este juicio arbitrario? ¿La capacidad del Estado? Pero, ¿cómo medirla? ¿Calculando la inseguridad en función del número de víctimas? Pero, ¿a partir de qué cifra? En resumen, la ausencia de criterios aceptables para todos confiere al juicio del poderoso un papel decisivo a este respecto.

Obviamente, en el plano del análisis teórico esta constatación es insuficiente. El estudioso, afectado igualmente por la carencia de criterios pertinentes, puede al menos hacer un uso paradigmático de la hipótesis de la quiebra con el fin de mostrar cómo ciertos aspectos del Estado entran en lógicas de descomposición. El análisis pondrá entonces el acento en los datos internos y en las diferentes

“capacidades” del Estado estudiado.⁴ Pero la relación con el ámbito internacional continúa siendo en este caso de capital importancia: nadie podría negar que cada una de estas capacidades está directa o indirectamente condicionada por una parte o por el conjunto del sistema internacional. Ésta es la orientación seguida no sólo por la vieja escuela de la dependencia sino también por los trabajos más recientes que hacen uso de las teorías de la dominación.⁵ La hipótesis clientelista merece a este respecto una particular atención, pues sugiere que la dependencia personal de los príncipes del Sur con respecto a los príncipes del Norte está estrechamente ligada a la débil institucionalización de los Estados en desarrollo. Dicho en otros términos, las estrategias de proyección internacional desplegadas por los titulares del poder político suponen un carácter incompleto de la construcción Estado-nacional: la utilidad individual de un proceso como éste que pone en riesgo de colapso a los Estados se opone así a las exigencias de la utilidad colectiva. Encontramos entonces, como referencias empíricas de esta contradicción, la patrimonialización del poder, la corrupción o la excesiva personalización que se imponen al igual que otras tantas prácticas susceptibles de facilitar la penetración de influencias o de tutela exteriores.

Numerosos son los casos en los que la descomposición de los Estados se nutre también de una clientelización competitiva de dos facciones cuya rivalidad cuestiona la existencia misma del pacto social. El apoyo conferido por Sudáfrica a la UNITA no era sino el correlato del apoyo cubano que gozaba el gobierno establecido en Luanda. Por su parte, la clientelización francesa de la administración hutu en Ruanda contribuyó a reforzar las simpatías anglosajonas del MNR tutsi. De igual forma, en el caso de Chad, los vínculos entre Francia y Ndjamena se inscriben por sí mismos en las diferentes olas de rebeliones chadianas dentro de la esfera de influencia libia, aun cuando su acceso al poder se traduzca en una brutal inversión de su alineamiento internacional. Las secesiones más antiguas (Katanga, Biafra) mezclaban ya procesos endógenos y estrategias internacio-

⁴ En la perspectiva de J. Migdal, *Strong societies and weak States, State society relations and State capabilities in the Third World*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

⁵ R. W. Cox, *Production, power and world order*, Nueva York, Columbia University Press, 1987.

nales. En efecto, los Estados están rara vez a salvo del colapso frente a este tipo de interacción que erosiona en sí misma el principio de soberanía, banaliza las estrategias de proyección internacional y pone *de facto* el futuro mismo del Estado en manos de la comunidad internacional en su conjunto o de una parte de ella.

Dejando de lado las cuestiones relativas al origen occidental del Estado moderno y a los mecanismos un tanto forzados que tuvo su importación en África, Asia e incluso en América Latina, es indispensable reconocer que los fracasos de esta transferencia han contribuido a forjar un escenario internacional complejo en el que la ausencia de un espacio público diferenciado se convierte lo mismo en una fuente de fragilidad para el Estado autóctono que en un vector para la influencia extranjera. Asimismo, el insuficiente grado de desarrollo de la comunidad política contribuye a proyectar rápidamente el juego de las facciones en el plano de las relaciones internacionales.⁶ Pero sólo un funcionalismo ingenuo puede erigir estas observaciones en ley del sistema. Si bien toda importación del Estado ha suscitado tensiones que se expresan ante todo en términos de sentido, legitimidad y cultura, no siempre esto ha conducido a un colapso ineluctable. Por otra parte, la clara regresión de los vínculos de *lealtad ciudadana* que se produjo en mayor o menor medida en todos los rincones del mundo creó nuevos modos de identificación que no fueron más eficientes o exitosos que la *lealtad ciudadana*. Atrapados en la construcción esencialista de una identidad nacional y siendo presa al mismo tiempo de las ilusiones universalistas del desarrollo, los Estados africanos o asiáticos se encuentran en realidad dentro de los estrechos márgenes de una invención cotidiana que depende únicamente de estrategias individuales.

En este contexto, la evolución reciente del sistema internacional no contribuye del todo a favorecer estos requerimientos de invención. Aunque el derecho y los valores predominantes proclaman aún la primacía del modelo estatal sobre la escena mundial, ésta ha entrado *de facto* en una nueva fase que si no es posmoderna, ni postestatal, sí se distingue claramente del modelo westfaliano. Aun

⁶ B. Badie, *L'État importé*, París, Fayard, 1992 (traducción inglesa en curso, *The imported State*, Stanford, Stanford University Press) y J. F. Bayart (ed.), *La greffe de l'État*, París, Karthala, 1996.

cuando oficialmente se le siga considerando soberano, territorial y detentador del monopolio de la violencia física legítima, en los hechos el Estado ya no es más que un actor entre otros, ciertamente dotado de recursos importantes, pero obligado a transigir con otros actores que obedecen a racionalidades distintas e independientes de la suya. La transnacionalización del mundo anunciada por James Rosenau⁷ está acompañada también —cual si fuese una reacción anómica— por un renacimiento de los vínculos comunitarios que suelen ser hábilmente explotados por nuevos *empresarios identitarios*. Este extraño juego triangular⁸ no constituye una garantía de estabilidad para el Estado en desarrollo sino más bien todo lo contrario. Esta marcada tendencia del juego internacional contribuye a reforzar las rivalidades que enfrenta el Estado, legitima a sus adversarios y multiplica las movilizaciones en cadena que aceleran los procesos de descomposición estatal.

La generalización de los flujos transnacionales confirma y agrava la descomposición de los Estados. Las razones de ello fueron explicadas hace tiempo a propósito de las firmas multinacionales, aun cuando éstas dependen todavía formalmente de una autorización del Estado para acceder a su territorio.⁹ Sin embargo, las firmas multinacionales han desarrollado con el tiempo estrategias particularmente autónomas en materias tales como la seguridad y la protección de sus intereses; contratan los servicios de empresas privadas que les proveen aguerridas milicias con el fin de garantizar la seguridad de sus instalaciones, creando islotes que escapan casi totalmente al monopolio weberiano de la violencia física legítima. Cual si se tratase de un contagio, este fenómeno ha alcanzado al Estado mismo. Siguiendo el ejemplo de Mozambique, que privatizó sus servicios aduaneros, Sierra Leona firmó un contrato con una empresa proveedora de milicias privadas con el fin de replegar, en mayo de 1995, la ofensiva de los rebeldes sobre Freetown. Podríamos citar también los casos del Estado ugandés, que privatizó la protección de las zonas auríferas de Turkana, y de Argelia, que utiliza este ti-

⁷ J. Rosenau, *Turbulence in world politics*, Princeton, Princeton University Press, 1990.

⁸ Establecido por el Estado-nación, los actores transnacionales y los *empresarios identitarios*.

⁹ J. Stopford y S. Strange, *Rival firms*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; S. Strange, "Firms and world politics", *International Affairs*, vol. 68, núm. 1, enero de 1992.

po de servicio con fines de entrenamiento para su ejército, o incluso de Sri Lanka, que se sirve de este recurso para combatir la rebelión tamil.

Esta transnacionalización no golpea únicamente a los Estados en sus funciones de prestatarios de seguridad sino que agrava también la criminalización de la política y el desmantelamiento territorial. La movilidad transnacional favorece no sólo la depredación del Estado sino el surgimiento de auténticas redes criminales; mientras que el primero de estos fenómenos contribuye al colapso de los Estados, las mafias son ya un sustituto de éstos. La descomposición del Estado camboyano está así íntimamente ligada a la participación, no sólo de los jimeres rojos sino también de responsables del Ejército regular, en redes transnacionales de tráfico de antigüedades y de piedras preciosas extraídas fraudulentamente del subsuelo, por no mencionar las empresas ligadas a la deforestación salvaje. Los señores de la guerra en Liberia se entienden directamente con las compañías multinacionales que negocian con ellos mercados con precios bajos. Éste fue el caso de los campos petrolíferos de Soyo, conquistados por la UNITA en 1993, con ayuda, por cierto, de un pequeño ejército de mercenarios reclutado a través de una empresa transnacional. Más allá de esta labor de depredación, los Estados afectados deben compartir su soberanía con las empresas de la mafia en una repartición del espacio geográfico que sobrepasa obviamente el marco nacional. Desde la América andina hasta el Sudeste Asiático, la mayoría de estas empresas articulan ámbitos de arraigo comunitario de carácter subnacional con redes de proyección regional (eje del Mekong, por ejemplo), transnacional, e incluso continental. En este contexto, aun los Estados de Asia Oriental que cuentan con grandes capacidades de resistencia ven formalmente amenazada su soberanía y amputada, en los hechos, su capacidad de control sobre espacios sociales enteros. Esto es válido en los casos de Laos y Camboya pero también, aunque en menor grado, en Birmania y Tailandia.

Sumándose a todas estas desviaciones, los actores económicos transnacionales crean utilidades emancipándose en mayor o menor grado de las trabas territoriales. Este fenómeno es tanto más dañino cuanto que está hoy claramente vinculado al desarrollo económico; afecta no sólo a los países menos desarrollados sino también a los Estados más avanzados que son relativamente inmunes a los riesgos

de colapso pero que ven mermada así su autoridad en ciertos ámbitos. Los especialistas del Asia Oriental han llamado la atención sobre el hecho de que los Estados están cada vez más constreñidos a negociar con las firmas multinacionales cediéndoles incluso una parte de su soberanía. A tal grado, que se ha llegado a reconocer la existencia de "territorios económicamente naturales", desligados de cualquier tipo de territorialización política y articulados en función de lógicas que vinculan directamente las ciudades, los islotes de producción y los centros de comercialización, sin que exista ninguna forma de contigüidad territorial.¹⁰ Sin caer en un exceso que privaría al concepto de *collapsed State* de su sentido original, debemos admitir que de este proceso se desprende un posible escenario para China, conduciéndola al estallido o a la descomposición. En contrapartida, este proceso contribuye al fortalecimiento de los Estados virtuales al estilo de Singapur y crea, entre estos dos casos extremos, situaciones de inestabilidad que en nada favorecen los procesos de institucionalización estatal-nacional.¹¹ En todo caso, la creciente difusión de las estrategias utilitarias concebidas por los actores transnacionales se opone abiertamente a los procesos de movilización ciudadana, desplegando una oferta que los individuos considerarán cada vez más seductora que la relación cívica que los vincula al Estado; en un contexto de importación (del Estado) y de autoritarismo, ésta pierde gran parte su significado y de su poder de seducción.

Siguiendo una lógica similar, la rivalidad que enfrenta el Estado por parte de los *empresarios identitarios* es aún más peligrosa. Como lo señala justamente William Zartman, ésta debe ser analizada más como una consecuencia que como una causa del colapso de los Estados.¹² Se requiere, no obstante, que la evolución misma del sistema internacional favorezca la promoción de la oferta primordialista y confiera a sus detentores recursos cada vez más firmes. Nadie duda, en efecto, que la mundialización crea las condiciones favorables para el nacimiento de un *mercado identitario*. La intensa

¹⁰ F. Gipouloux (ed.), *Regional economic strategies in East Asia*, Tokyo, en K. Postel-Vinay, *Le Japon et la nouvelle Asie*, Paris, Presses de Sciences Politiques, 1997.

¹¹ R. Rosencrance, "The rise of the virtual State", *Foreign Affairs*, vol. 75, núm. 4, 1996, pp. 45-61.

¹² W. Zartman (ed.), *Collapsed States*, Boulder, Lynne Rienner, 1995, pp. 6-8.

circulación de los modelos políticos, de los esquemas de consumo y de los modelos culturales originados en los espacios occidentales, la adaptación más o menos forzada a las pautas seguidas por el Estado europeo, el papel de la economía de mercado o de las instituciones internacionales de ayuda al desarrollo son elementos, entre muchos otros, que suscitan movilizaciones reactivas cristalizadas en expresiones primordialistas. Sería simplista considerarlas como evangelismos ligados a la fuerza de culturas perennes; es más conveniente situarlas en lógicas interactivas alimentadas por la apertura creciente de las sociedades hacia el exterior. En este sentido, cabe decir que fue sólo a raíz de la intervención estadounidense que las corrientes islamistas se reforzaron en Somalia; de la misma manera, la internacionalización del conflicto bosnio explica la radicalización del movimiento musulmán en esta parte del mundo.

En estas condiciones, merece ser tomada en cuenta la traducción transnacional de los movimientos identitarios que revela justamente que éstos no se reducen a un repliegue microcomunitario sino que se asemejan más bien a una transferencia de identificación: lo identitario y lo infrapolítico son ensalzados frente a la comunidad estatal-nacional, al contrato y al universalismo. Esta lógica interviene directamente en el proceso de descomposición de las instituciones estatales y por ello es temible para el Estado establecido, para su legitimidad y para la *lealtad ciudadana* y la obediencia civil. Este mecanismo tiene un carácter transnacional como lo demuestra, muy específicamente, el panislamismo. Pero también el paneslavismo, el panhinduismo y, en menor grado, el panturquismo son expresiones de este mismo proceso. Los flujos panislamistas que se desarrollaron en el África sahariana debilitaron considerablemente a los Estados de la región. Los redes de mezquitas y de predicadores bajo la influencia saudita, libia o egipcia crean las condiciones de una *lealtad* concurrente y opuesta que los Estados autoritarios son capaces de contener cuando disponen de un mínimo de recursos (Túnez, Siria, por ejemplo). Pero otros, sin embargo, cuentan con menos recursos para contrarrestar este embate (Chad, Níger, Comores, Guinea y, en menor grado, Senegal o Nigeria...)¹³

¹³ J. Golberg, *The foreign policy of Saudi Arabia*, Cambridge, Harvard University Press, 1986; L. C. Behrman, *Muslim brotherhoods and politics in surgeal*, Cambridge, Harvard University Press, 1970.

En forma recíproca, la descomposición de algunos Estados puede crear las condiciones para un reforzamiento de las solidaridades identitarias de escala transnacional. Aquí el factor internacional actúa por contagio: las movilizaciones étnicas en Ruanda y Burundi tuvieron efectos directos sobre la región africana de los Grandes Lagos en su conjunto; afectaron particularmente a Uganda y sobre todo a Zaire, en donde la rebelión de los tutsi del Kivu fue directamente provocada por el juego de las solidaridades con respecto a los enfrentamientos étnicos ruandeses. Los mismos efectos de contagio pudieron observarse en las poblaciones tshokwe que viven de uno y otro lado de la frontera zairo-angolana y en el conflicto liberiano que encendió las mismas solidaridades transfronterizas implicando a Costa de Marfil, pero sobre todo a Sierra Leona y Guinea. Asimismo, la "clanización" de Somalia tiene efectos sobre la evolución de las movilizaciones identitarias en Etiopía y, especialmente, en Ogadén o en Oromo. Pareciera como si la construcción de un grupo identitario en torno a una etnia que pretende su autonomía crease una situación objetiva de oferta que ejerce un influjo en las poblaciones vecinas.

Este efecto transnacional de las movilizaciones identitarias es por lo demás complejo. Su contagio puede ser manipulado por uno de los Estados implicados con el fin de debilitar a su vecino, tal como lo hizo en otros tiempos el Irán del sha contra el Iraq baasista, al ayudar discretamente a la rebelión kurda iraquí. El amable gesto fue devuelto algunos años después por Bagdad con el propósito de acelerar la descomposición de la república islámica recientemente instalada en Teherán. Siria aplica la misma estrategia contra Turquía e Iraq y en su momento la ex Unión Soviética la puso también en práctica contra Irán. Con este recurso Paquistán espera acelerar la descomposición de Afganistán al apoyar a los pashtounes contra el resto de la población afgana, lo mismo que Tailandia al pretender sacar provecho de su apoyo a Shan y Karen, cuya movilización representa un riesgo para la integridad del Estado birmano.

Las estrategias identitarias se convierten así, por diversos motivos, en un verdadero objeto de estudio de las relaciones internacionales: por la naturaleza transnacional de la oferta que producen, por la manipulación que los Estados hacen de ella para satisfacer las exigencias de su política exterior y por los problemas que generan más allá

de la geografía política y de las fronteras de los Estados. La incompatibilidad que se evidencia entre territorio y movilización identitaria se convierte de esta forma en una fuente decisiva de descomposición de los Estados: el territorio sólo es creador de sentido y tiene un carácter funcional cuando se refiere a una comunidad política contractual; cualquier tentativa de hacerlo corresponder con una comunidad étnica implica una tarea de reagrupamiento y de depuración étnica que se sitúa en una distancia intermediada entre la aporía y la violencia.¹⁴ El carácter accidentado de los mapas que dibujan una Bosnia depurada, tal como se desprende de los planes Vance-Owen derivados de los acuerdos de Dayton, se parece mucho a los complejos trazos que organizan el reparto de la Cisjordania y en particular de la ciudad de Hebrón. Esto revela una fuente potencial de descomposición del Estado o imposibilita su realización: privado de sus recursos territoriales, el Estado carece de los medios más seguros para imponer su orden y hacer valer su autoridad y sus leyes.

Llegamos así a un nivel de reflexión probablemente decisivo: la descomposición de los Estados se aprecia en un contexto global que vincula a los componentes del sistema internacional en transacciones recurrentes. Los Estados, los *empresarios identitarios* y los actores transnacionales no mantienen sólo relaciones de competencia u oposición: la realización de sus objetivos pasa la mayor parte de las veces por el establecimiento de compromisos entre sus diferentes lógicas que afectan frecuentemente su identidad misma. Los Estados-nación —desarrollados o en vías de desarrollo— buscan cada vez más compensar su déficit de legitimidad desplegando estrategias o discursos de inspiración primordialista e incluso etnicista. Dicha reivindicación es a veces constitutiva, como lo revelan los casos de Israel, de Paquistán —producto de una división confesional— y también, hace algunos años, de la Sudáfrica del *apartheid*. La islamización de los Estados del mundo musulmán se convierte en un dato cada vez más frecuente, al tiempo que en el Extremo Oriente se generalizan las temáticas del asiatismo. La difusión creciente de estos referentes culturales en la construcción de los Estados debe ser analizada como un fenómeno internacional que deriva no sólo del

¹⁴ Véase R. D. Sack, *Human territoriality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; B. Badie, *La fin des territoires*, París, Fayard, 1995.

efecto de contagio de las prácticas políticas, sino también de la interacción entre Estados con capacidades debilitadas y un sistema internacional que tiende cada vez más a avalar o legitimar estos modos de transacción. La etnización de Bosnia estaba implícitamente prescrita por la comunidad internacional a través de los mediadores europeos y de las Naciones Unidas; lo mismo sucedió en el caso de las propuestas tendientes a solucionar el conflicto de los Grandes Lagos mediante la creación de un Hutuland y un Tutsiland. Este mismo proceso puede constatarse en las relaciones entre el Estado y los actores transnacionales, pero también entre los actores transnacionales y los *empresarios identitarios*. Con respecto al primer caso, es evidente que las negociaciones internacionales implican cada vez más directamente a las firmas multinacionales, a las organizaciones no gubernamentales y a las colectividades locales —especialmente las ciudades—, arrebatando así al Estado la capacidad simbólica que obtenía antaño de su control monopólico de la esfera internacional. Las conferencias regionales o internacionales asocian cada vez más a actores de diversa índole, contribuyendo así a la descomposición de la función internacional de los Estados. Por otra parte, cabe decir que las complejas relaciones que pueden urdirse entre flujos transnacionales y etnización tienden a perjudicar la movilización ciudadana en beneficio de alianzas sutiles que mezclan el interés y el compromiso primordialista. Este fenómeno se percibe, por ejemplo, en la proliferación de las Iglesias evangelistas en América Latina —cada vez más implicadas en la economía del subcontinente— o en el papel desempeñado en otros lares por las cofradías musulmanas —incluso las sectas en África— ligadas a múltiples redes comerciales transnacionales.¹⁵

Podemos señalar, asimismo, que la propia dinámica del sistema internacional contemporáneo genera los factores que están trastocando la lógica estatal. Abusivamente considerados como endógenos, dichos factores son en verdad estrechamente dependientes de lógicas interactivas y de auténticas mutaciones que afectan globalmente la escena mundial. Pareciera en realidad como si las secuencias de la historia se sucedieran en un ritmo constante. La

¹⁵ G. C. Kepel (ed.), *Les politiques de Dieu*, París, Le Seuil, 1993, en particular las pp. 175-200.

descolonización, realizada en plena guerra fría, logró imponer —de manera un tanto brutal— al Estado-nación soberano como unidad obligada del orden internacional. De esta forma, el Estado fue importado en varias partes del mundo en contextos culturales y socio-económicos desfavorables que dan cuenta probablemente de la primera generación de *collapsed States*, especialmente la mayoría de los casos del África subsahariana. El abandono de la bipolaridad y el clima que le sucedió, mezcla de revanchismo cultural y mundialización acelerada, impusieron a algunos Estados —a veces de reciente y frágil creación— la necesidad de adaptarse de manera no menos brutal a una lógica casi invertida, transigiendo con formas de acción y de enunciación que los privan de una parte importante de sus recursos y de su legitimidad. A esta etapa corresponde una segunda generación de *collapsed States* que se ubican primordialmente en las regiones en las que las redes de movilización identitaria están fuertemente arraigadas en la religión o en antiguos litigios comunitarios, como es el caso, por ejemplo, del mundo musulmán. El caso de Argelia es arquetípico en este sentido. Pero la problemática se hace patente también en otras partes del mundo, como lo sugieren las situaciones yugoslava e incluso postsoviética.

En este último ejemplo, el *collapsed State* se descompone bajo el efecto de una doble renuncia. Con respecto a Hobbes, debe abdicar de su pretensión de ser garante, en última instancia, de la seguridad de los individuos-ciudadanos. Al serle arrebatada por los *empresarios identitarios* parte de su capacidad para la prestación de seguridad, el Estado pierde una oportunidad privilegiada para la construcción de una comunidad política contractual. Por lo que respecta al paradigma weberiano, el Estado debe renunciar a su identidad de detentor monopólico de la violencia legítima que deberá en adelante compartir con algunos actores transnacionales y, sobre todo, con los *empresarios identitarios*. La diseminación de la violencia que de ello resulta favorece el surgimiento de milicias privadas, guerrillas y señores de la guerra, entre otros, hasta conducir a una situación de franca descomposición de la autoridad.

De todas estas transformaciones se desprende una configuración nueva, mucho más inestable y probablemente más vulnerable que el Estado clásico. En este nuevo esquema, las categorías tradicionales de poder se vinculan a otras —de más reciente cuño— como

responsabilidad, colaboración y diferenciación. A merced de las opciones teóricas, el analista no tendrá en adelante ningún problema para ver en esto ya sea una continuidad que desmiente las innovaciones paradigmáticas o, por el contrario, el punto de partida de una verdadera ruptura. Debemos sin embargo situar, dentro de este modelo híbrido, uno de los fundamentos de esta nueva fragilidad de los Estados y tal vez el factor internacional más determinante de su descomposición.